

LA CRUZ

LUIS MIGUEL MARTÍNEZ OTERO

EDICIONES OBELISCO

LUIS MIGUEL MARTÍNEZ OTERO

LA CRUZ



Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informados de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición, Trabajo Social) y gustosamente le complaceremos.

BIBLIOTECA DE LOS SÍMBOLOS
Dirigida por Jaime Cobreros y Julio Peradejordi

LA CRUZ
Luis Miguel Martínez Otero

1.ª edición: marzo de 1993

Diseño portada: M.ª Dolores Alcalá

Edita: Ediciones Obelisco, S.A.
Consell de Cent, 591, 4.º - 08013 Barcelona

Depósito Legal: B. 8.224 - 1993
ISBN: 84-7720-270-2

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres de Romanyà/Valls, S.A. de Capellades (Barcelona)

A PROPÓSITO DEL SÍMBOLO

Un símbolo no es una alegoría o una metáfora, es decir, no es una ficción que da a entender exclusivamente una cosa expresando otra diferente.

Un símbolo no es un signo o una mera convención; es decir, no expresa un significado previamente convenido.

Un símbolo es, según la definición menos restrictiva, un estímulo capaz de trasladar a quien lo recibe del plano de lo fenomenológico y existencial al de lo absoluto e inamovible.

El símbolo abre el campo de la conciencia haciendo percibir todos los aspectos de la realidad: lo sensible y lo velado, lo manifiesto y lo oculto, lo consciente y lo inconsciente.

El símbolo actúa abriendo el consciente más inmediato y, al mismo tiempo, haciendo emerger hasta la superficie de la conciencia elementos inconscientes por asociación y encadenamiento espontáneo de emociones, imágenes, recuerdos y pulsaciones, concatenando así una reserva de significados.

Al despertar tanto nuestro consciente como nuestro inconsciente, el símbolo nos revela a nosotros mismos, poniendo a cada uno frente a su «otro».

El símbolo da una visión global de la realidad ya que religa los diferentes niveles de la conciencia individual y colectiva.

Al informar sobre la globalidad, el símbolo es un medio privilegiado para comunicar ideas de orden metafísico que informan sobre el Principio.

Etimológicamente, «símbolo» (del griego, *syn* y *tobalein*) significa «ir juntos», «arrojarse juntos», indicando tanto el despertar conjunto del consciente y del inconsciente por la acción simbólica, como la simbiosis imprescindible para que dicha acción se active entre el objeto que estimula (la figuración, si se trata de un símbolo plástico) y el sujeto receptor del estímulo.

La significación simbólica será siempre polivalente tanto por informar distintos planos en cada sujeto (el sensible, el psicológico, el metafísico, etc.), como por la variabilidad de los mismos sujetos receptores de la acción simbólica.

El símbolo requiere tanto el objeto estimulante como del sujeto estimulado y al ser éste variable para cada símbolo, al no haber dos personas iguales el contenido simbólica será siempre superior al continente.

El símbolo reúne la manifestación de quien lo emite y la percepción de quien lo recibe, constituyendo en todo una expresión sintética, sea ésta verbal, plástica o musical.

El medio social, técnico e intelectual está logrando la anestesia del sentido simbólico al imponer la primacía de las apariencias, de lo inmediato, de la abstracción, del racionalismo, de la conceptualización, y de lo convencional. El gran desafío del espíritu moderno, si

quiere recuperar su equilibrio, es reconquistar el lenguaje multidimensional del símbolo.

Los símbolos no tienen «claves» interpretativas. Intentar entender mediante ellas los estímulos simbólicos sería puro reduccionismo al hacer pasar por un esquema preconcebido la totalidad del contenido simbólico. De ahí que no se pueda ni se deba sistematizar los símbolos.

El estudio sobre determinado símbolo pondrá en evidencia la universalidad de distintas formas y la posible convergencia de esas mismas formas con tal o cual significación simbólica, sin poder ir más lejos en las precisiones ya que en toda percepción simbólica entra siempre un elemento subjetivo que hará que cada cual perciba un símbolo a su modo.

La porosidad hacia los símbolos requiere una actitud activa y un trabajo individual y constante con ellos que jamás debe cesar. Es el único modo de aumentar en amplitud y profundidad su captación, así como de preservarse de las contingencias externas disipadoras que ofrece la sociedad de un modo cada día más persuasivo.

Jaime Cobreros y Julio Peradejordi
Directores de la «Biblioteca de los Símbolos»

I. Primera impresión

La cruz es el trazo primero que cabe al azar del movimiento de la mano si a éste, de súbito, sumamos un acto consciente: es una elaboración intelectual. En efecto, lo puramente mecánico es la errática línea. Enderezarla, reducirla a límites y cubrirla con un trazo análogo supone, al menos, mínima obra de creación. Inserta en el espacio la marca del pensamiento.

La inmediatez de tal símbolo nos trae la certeza de su fundamentalidad, de su perfecto diapasón con el Cosmos que, aparentemente, no entiende de rectas. Las distancias entre el hecho curvo y la elaborada espontaneidad del trazo (esto es, entre la naturaleza curvilínea y el acto creador) dan espacio a la realidad; señalan a la Cruz como esbozo primigenio y arcano del Universo. Trasfondo oculto de la materia, no se corresponde con el modelo atómico ni con la danza de los astros, extremos entre los que está la Creación. Sólo la iluminación intelectiva nos hace aprehender su función, su naturaleza pulsátil, su hondo respir genésico de Mundos.

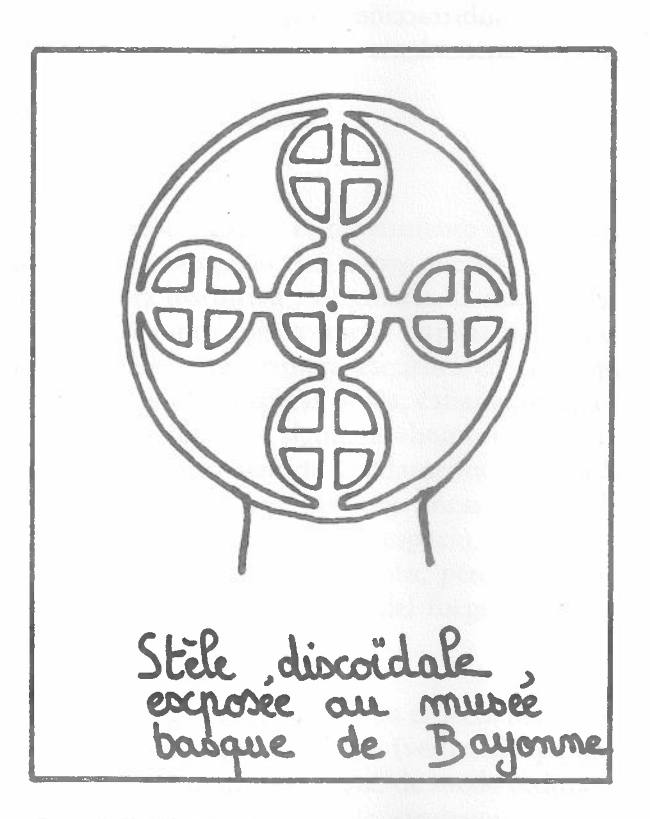
Esta función es imperceptible, no se revela a la visión objetiva. Al contrario, lo Real exhibe únicamente la concéntrica circularidad de las cosas: con Platón, mueve nuestro espíritu hacia el arquetipo de lo esférico. Al igual pasa con el vivir: la experiencia nos sobreviene en sinusoide, en redondos zarpazos, en escritura cíclica. No es distinto el discurrir de la Historia, marcado como viene por diversas curvas temporales.

¿Deberemos acaso deducir que la Cruz no es un «ente de Naturaleza»? No obstante nos conformamos bien con su simplicidad, y ésta no se riñe con su indefinida dilatación: erectos sobre el suelo fácilmente extendemos los brazos cara al Sol, proyectamos nuestro espíritu como una flecha y damos —en el centro de esta cruz— cabida a todo el Universo...

Lo que es más: dos seres humanos enlazados rostro a rostro, frente a frente, son árboles y son cruces que se abrazan, «resolutio oppositorum» acto perfecto, emblema humano de la restitución del Uno.

Lo mismo con las cosas: cuando intentamos dilucidar su estructura comenzamos por trazar en el plano los «ejes» o coordenadas, esquema abstracto pero comprensible de su esencia. Es la cruz en lo ínsito de la materia, la suma de sus vectores implícitos —al parecer— en los designios del Creador.

Si alcanzamos la dimensión vertical de esta idea (para lo que deberemos «pasar» por el centro)



Estela discoidal (Museo Vasco de Bayona)

podremos decir que la Cruz signa la impermanencia del hombre y la del Cosmos; precisamente por ello también señala, en pura paradoja, el enigma de su substracción temporal y el de su reabsorción transcendente.

II. El trazado de la cruz

Escritura o dibujo, el movimiento de la mano proyecta en bosquejo dos trazos que se cruzan: es la signatura instintiva y originaria, la mínima con valor legal junto con la huella papilar del índice. Es, también, una primera escritura en cifra que en forma de «X» expresa «casa, cabaña, refugio«; y enderezada en «+» significa «hombre». En ambos casos hay un sentido fundamental y complementario, pues no son sólo dos lineas indefinidas en el plano, ejes cartesianos, espacio; sino cuatro semirectas con un origen común, pero medular e inasible, el centro, emblema del fuego del hogar, del corazón del hombre.

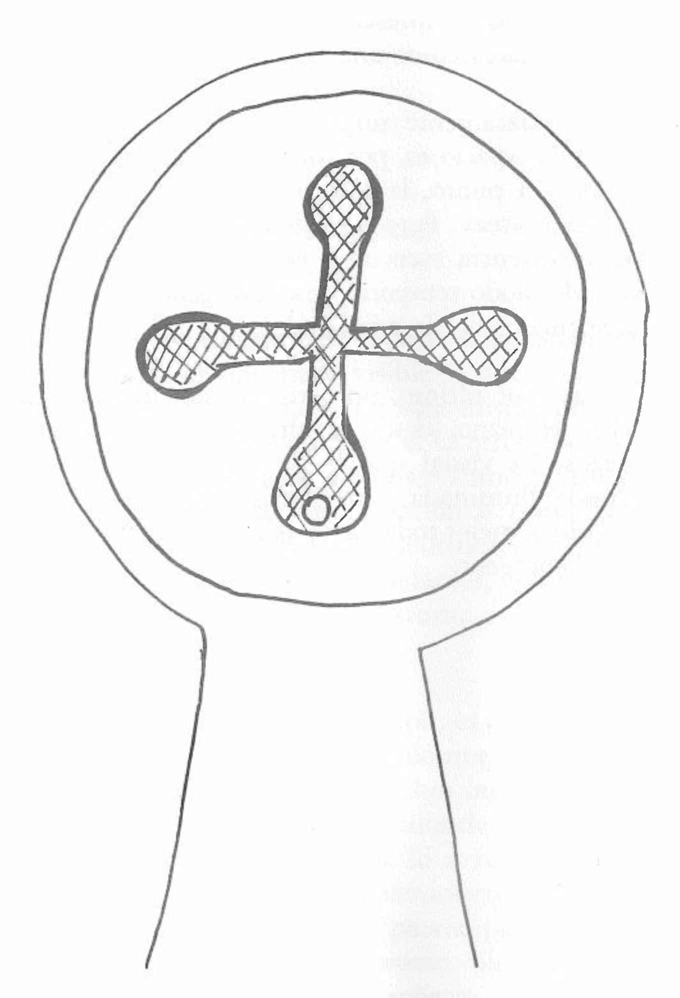
Aparte su grafía en aspa o en cruceta nos queda el vocablo, la voz, el «nomen» (ver en el Apéndice «las raíces del nombre»). Este, de modo ordinario, nos remite a significados de «trabajos» «carga» «peso» «humilladero» «suplicio»... Aquí, como tantas veces, el «nomen» nos ciega de sobreentendidos y de cultura y nos sutiliza al «ens»; pero nada cultural queremos añadir por ahora a lo óntico del trazo, nada auditivo y que enmascare cuna

visión inesperada, súbita y, por tanto, sin conceptos. Esta, muestra tan sólo cuatro rectas que huyen o se precipitan hacia un punto... El punto, como la rosa, es lo importante.

Y es así. La extrema simplicidad del dibujo no admite arte ni injerencias y nos deja inermes, sin aliento. Nos induce a la humildad. Nos trae el recuerdo infantil cuando, en la pizarra, para señalar un punto marcábamos una cruz. La cruz y el punto es lo mismo, pues el maestro sabio de aquellos tiempos nos decía que éste es imaginario, inmaterial, irrepresentable, vacío, paradoja del infinito. Y en la cruz, el punto viene significado por el centro. El punto es el centro.

Metafísicamente hablando pocas cosas caben tan importantes como ésta de que «el punto» es «el centro». El punto es la primera emanación del Absoluto, el principio oculto de donde arranca el trazado de las cosas... En cuanto al centro, es la única estancia posible para el ser, el único lugar, su paraíso objeto de búsqueda, estancia inmediata al Creador. Es así, y por ello decimos que el punto es el centro...

Y esta es la razón: el punto es inextenso y nada, ni siquiera el vacío, ni siquiera la distancia puede separar un punto de otro. De cualquier otro modo entre dos de ellos habría un contínuo, y el punto, por esencia, es discontínuo. De ahí su misterio abismal y su extraña y metafísica irradiación. Para



Estela discoidal (Museo Paul Dupuy, Toulouse)

figurarlo, para expresar lo inexpresable, esto es, el centro, marcaremos una cruz.

Inmediatamente surge lo extenso, surge de la nada. El espacio es, por consecuencia, la manifestación del punto, la sola manera posible de que el punto «sea». Pero no por sí mismo, esto es, en su inexistencia esencial o en su realidad última, sino de modo temporal, grávido, genesíaco, exaltado, ubérrimo de amplitud...

Hay, por último, un acto fecundo que genera sobre el plano, desde la altura, la cruz de seis brazos. La visual que le da forma ya no es la mirada iluminada, sino «axis mundi», eje del mundo o, mejor todavía, el «sí» pulsatil generador y reabsorbedor.

III. El centro pulsátil de la cruz

La función exotérica de la cruz es la definición de un espacio que hace visible y que reordena permitiéndonos «situar». En este mismo ámbito la nota íntima es la de señalar el Centro —llamado «solo lugar» «lugar de reposo»— como punto de referencia para cualquier posición o como polo infinitamente atractivo (la identificación con él nos hace seres sin sosiego, anhelantes, hombres de deseo: «inquietum est cor nostrum...» decía el sabio de Hipona).

Este Centro, al mismo tiempo, es el lugar geométrico del cuadrado, del círculo que lo contiene, del cubo y de la esfera, de muchos otros símbolos fundamentales todos ellos ladrillos de la Realidad, substractos de lo visible y de lo invisible. En su buena inteligencia se evidencian ideas/fuerza tales como hogar, recinto interior, patria, pulgada cuadrada, reposo, raiz y fundamento, último hogar, beatitud, Sol, origen y fin, espacio sin obstrucción... Propio, como vemos, de multitud de símbolos que lo ciñen o que lo enmascaran, lo es eminentemente de la cruz. Difícilmente lo encon-

traremos tan bien signado como aquí, en esta primordialidad de dos trazos que se cruzan en 90 grados, de los cuatro brazos en que se despliega la cruz sin término (por mucho que la verticalidad del ser o el volumen del Universo nos hagan convenir en seis brazos –los puntos cardinales más el zenit y el nadir–, nada debiera hacernos perder de vista que la cifra esencial de la cruz es el 4).

Cierto es, cabría señalar aquel centro con sólo tres brazos que se dispersaran en 120 grados. Sin embargo este «símbolo» de tres brazos y que no es triángulo, no es tan fundamental y lo podríamos reducir a pura geometría. Hay, no obstante, una sombra de posibilidad: ver en ello el misterio de la ípsilon. Pero la «Y» como la «T» (Tau o Tav), no son sino formas de la «+» cuando la consideramos en su aspecto microcósmico y espacial (la Y) o en su resolución temporal (la T), como quizás veremos más adelante.

Hé aquí lo insoslayable: entre todos los símbolos de trazo simple éste el único que nos conduce al Centro sin duda ni error, sin oscuridad; aunque, desde luego, igualmente es el único que nos aleja de él. Este alejamiento se nos impone con increible poder, coincide con el existir, el «estar fuera» (ex-stare), el devenir humano... En efecto, marca direcciónes divergentes para el despliegue mismo de la Historia y el de la materia. Con ello el símbolo de la cruz repite y copia una realidad desbocadamente centrífuga; pero también responde a la

necesidad interna y dilucida la inconcebible «conversión», el mapa del retorno. Y es de este modo: signo de contradicción, pero también transformador. En ella crucificados, señala nuestra cuadripartición humana en sus extremidades; pero indica también la presencia central y la rosa del corazón, su actividad, el sístole y el diástole, el misterio de la sangre, ir de las cuatro esquinas al centro y del centro a las cuatro esquinas.

A diferencia del cuadrado, su casi homónimo en sentido, la cruz es dinámica. Como símbolo del tiempo nos aleja cada vez más del centro, y ésta es la verdad de la Historia y el triunfo de la lejanía... A su vez nos indica la manera de invertir el proceso. Es la función de la cruz como mandala, nos da el por qué de nuestra vida: en primer lugar el crecimiento a lo largo de los ejes radiantes y luego, en algún momento, la reentrada o realización del Sí al través de los mismos ejes. Dos movimientos que reclaman un tercero, pues no acaba aquí la función de la cruz: queda un último paso, el retorno sacrificial, la extro-versión hasta la última periferia en beneficio de todos, la «charis». Esto es, al través de los brazos de la cruz podemos, por «con-versión» reintegrar el centro que nos libera y, una vez allí realizados, tornar de nuevo al mundo. Es el respir pulsátil de la cruz; es ir –decimos– de las cuatro esquinas al centro, y del centro a las cuatro esquinas.

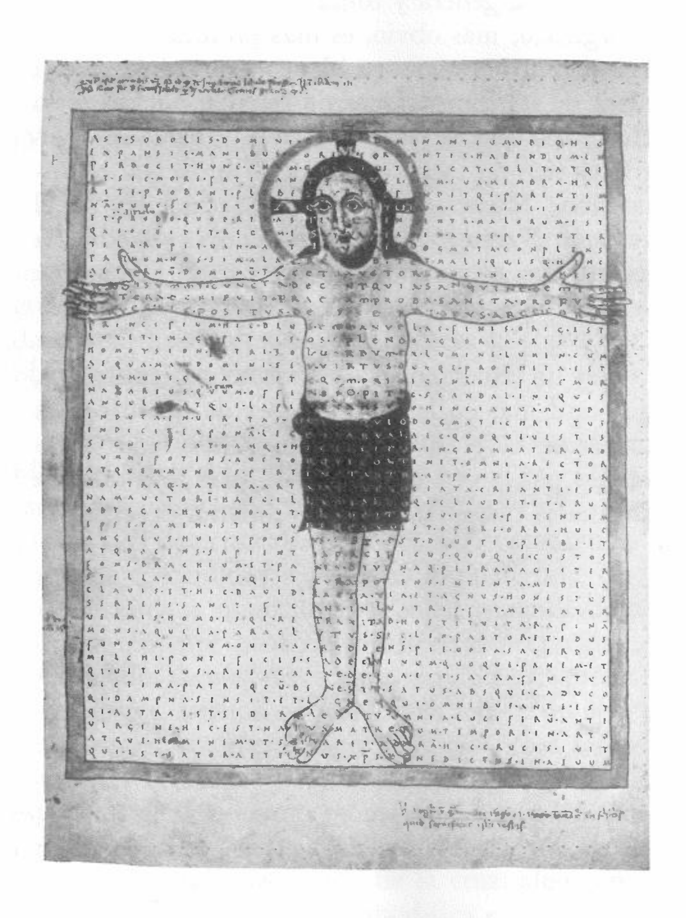
Sístole y diástole, latido, desbordamiento centrífugo que lo abraza todo para traerlo al Uno,

libre ya de extremos plurales e inconcebibles... La cruz es el crisol que lo realiza; la persona individual, correa de transmisión para el tráfico del Ser, tráfico idéntico a una respiración.

Este extraño púlsar corresponde a la horizontal de la cruz, si bien verticaliza la horizontal. La persona deja de ser autosuficiente, repleta de sí, falso centro; al contrario, ofrenda el Ser para, por el mismo hecho de darlo, recibirlo. De este modo se desvanece entre la docta ignorancia de sí y las alboradas del vaciamiento interior; desaparece, vacío de sí, en aquellas cuatro esquinas de la beligerancia existencial... Porque no tiene nada acaba por tenerlo todo.

Emblemáticamente, quien realiza la cruz por dentro y por fuera admite el peso del mundo, va a buscarlo en las últimas periferias y lo trae hasta el centro, el corazón humano (el corazón es un horno de alta Alquimia y su calor, el espíritu de Dios). Se trata de transmutar aquel peso grávido del mundo en gracia... Transmutar el peso en gracia, en aire, en pneuma, en alas de alisios..., paso previo para la Comunión de los Santos.

Aún más: el símbolo cruciforme deja a veces en blanco el punto donde se cortan las dos líneas perpendiculares, el centro. Quizás no haya mejor manera de señalar el lugar inasible e irrepresentable de la espiritualización del cuerpo y el de la corporificación del espíritu, tráfico de las energías



creadas y de las increadas. Este punto vacío de la cruz tiene dos sentidos principales: el primero, que lo creado se genera y toma origen en lo increado. El segundo, más obvio, es más profundo y difícil: que el centro –vacío, en blanco– no existe, queda fuera de las dimensiones de la cruz. No existe lo Uno, sino que existe lo múltiple...; hasta que llegue el tiempo escatólogico de la universal reunificación. Mientras tanto es el «coagula» y el «solve», el recoger y desparramar, dar y recibir, la respiración del atanor, la función de la cruz en «esta» horizontal...

Hay un tercer sentido que nos conviniene mejor, que está más en la línea del Ser de quien somos consortes: es el agujero negro y devorador atravesado por la vertical; centro sumido, exaltado en abismales categorías y en los órdenes del Ser.

IV. Atravesar la cruz : el monte Meru

Así debiera ser, porque reducida la vertical a inverosímiles estrecheces el plano horizontal de la cruz es, eminentemente, la pedánea horizontalidad, el tiempo ordinario, el mercado, la plaza pública... Nuestra vida misma.

¿Cómo es nuestra vida? Es como una plaza pública, el lugar del desenfrenado trueque en el que tantas veces nos vendemos por nada. Siendo lo que somos (los derechohabientes del Ser) vamos malogrados y dormidos, culpables, insatisfechos, llenos de buenas intenciones y, bien maquillados, cuidadosamente ocultamos nuestros secretillos. Demasiados de nosotros somos, sin duda, coquetos y resabiados, rancios... Levantamos acta de un aparente fracaso y, sin embargo, nada nos gusta tanto como hacer favores. Cierto que nos agotamos en espasmos de delectación morosa por nuestro buen pasado perdido... El pasado es –si quieren– la rama horizontal e izquierda de la cruz, algo consolidado, irrevocable: no se modifica el pasado...

En el entretanto ganamos buenos dineros o nos agobian las deudas. Cristianos viejos, somos hon-

rados y caritativos, buenos padres de familia, buena gente y deseosa de paz. De tanta, casi nos agobia nuestra buena conciencia. O todo lo contrario (es casi lo mismo).

Casi al mismo tiempo, movidos por la frustración de éste no acabar de llegar a «ser» nos vemos proyectados con increible fruicción, oníricamente, a un futuro plusquamperfecto que es hueco como el aire y como las nubes que pasan... La idea es ésta: mañana seremos más. Y hénos ahora en la rama derecha de la cruz, en el futuro; y junto con lo anterior, en los contínuos devaneos, en la platitud chicha y en la horizontalidad de la vida.

Si todo ello es verdad, es decir, si se asombra nuestra atención por la duración de un suspiro, si no somos conscientes de cada instante, si no somos conocedores de la Presencia Divina, si no deseamos la libertad, si no viajamos desde las apariencias hacia el hogar, si no cultivamos soledad entre la multitud, si no resistimos los pensamientos extraños, si no nos acordamos de Dios, si no regresamos a El..., tendríamos entonces que detener la frenética danza del existir, tendríamos que pararnos y agotar la horizontal de la cruz, volvernos silentes como el océano en calma y como el espacio y acercarnos furtivos a las orillas abismales... Y llegar así al borde del Centro, al abismo que llaman el «presente» y el «solo lugar», hasta el mediato «allí» del que el sabio dice: ¡O beata solitudo, o sola beatitudo!...

Nos es preciso, pues, nos es justo y necesario acabar con los vagabundeos horizontales: es urgente «pararse» y para ello es necesario un sobreplús de lucidez o un sobreplús de gracia. Callarse. Hacer silencio. Invocar de ser a ser al Príncipe de la Paz para que, parados (allí donde nos paremos), alcancemos o inventemos el borde mismo, el centro de la cruz...; y no tenemos ninguna experiencia de ello. En efecto, «rien ne va plus». Porque basta con asombrarse por la duración de un sólo suspiro (que es como una nada) para vernos trasladados, por el tiempo del asombro, a lo largo de la pura horizontal... Lo que nos aleja de los vértigos del Ser y nos prohibe los abismos verticales. Por eso podemos decir también que la muerte, que acaba con el tiempo, limita con el abismo.

Sin embargo a veces algo o alguien nos obliga a pararnos. Bajo nuestros piés se abre un abismo, abismo de altura o bien, sima: es nuestro interior vertiginoso, nuestra alma sin techo ni fondo, laberinto en el que podemos perdernos... Pero la experiencia del «pararse» es otra en realidad, es una experiencia espiritual que ya ha sido descrita y cartografiada por gigantescos argonautas y espeleólogos del Espíritu. Son los santos y los místicos de las Tradiciones, los «polos» de cada época, los realizados en vida. Para ellos el centro de la cruz —lugar geométrico del ser— se manifiesta como el abismo del Sí en los confines del No-Ser. Abismo es la palabra apropiada para la dimensión vertical de la cruz.

En efecto, el abismo es insondable: el dolor mismo (que es de substancia inagotable) no lo puede sondear, y tampoco la muerte. Es de la manera y del orden del No-Ser... No olvidemos que Dios es el abismo que estamos llamados a degustar, abismo oceánico, abisal, igual al vacío; y es el vértigo absoluto, luz deslumbrante y cegadora, noche. Según el psalmista somos «el abismo llamando al Abismo» ante lo que Angelus Silesius dice: «dime, ¿cuál de los dos es el más profundo?». Tal es la increible experiencia del «pararse» que mal describen aquellos espeleólogos. El Abismo responde al abismo, y entonces, en lo insondable de sí y como abismado en el propio pecho, hé aquí la súbita emergencia nupcial del Ser, el deslumbramiento, la escala de Jacob, el Monte Meru.

Nada tan cierto: la idea tradicional que asegura que «el Monte Meru ocupa una posición central» quiere decir, evidentemente, que el Monte Meru está en el Centro. Dicho de otro modo, si nos colocamos en el centro automáticamente asistiremos a la emergencia vertical de esta cósmica montaña, el Meru, toda entera interior al corazón del hombre.

V. Función cosmológica de la cruz

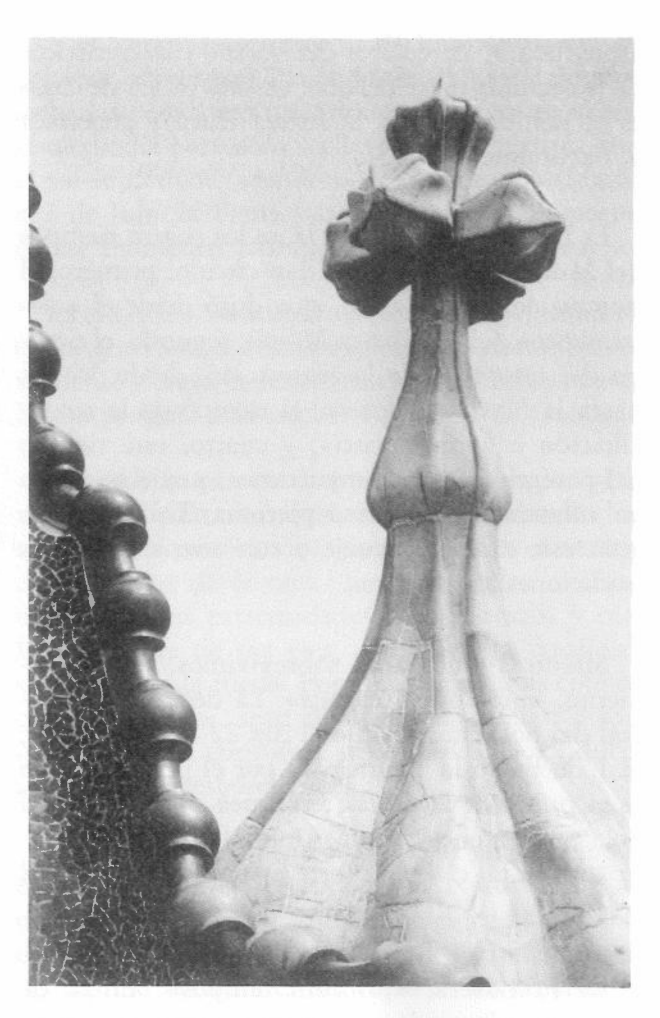
Cosmológicamente inmerso en el simbolismo de la Cruz, el Sol astronómico encarna el polo movible dispensador de la vida (aspecto, por tanto, temporal y círcular) y el ápex atractivo y reordenador (figura puramente fija y central). Hasta ahora nos hemos fijado básicamente en esta última función central e hiperbórea, que el Sol protagoniza. Ahora veremos que, mediante carrera anual o diurna, el Sol genera la orientación axial y determina las cuatro partes y los cuatro tiempos del Mundo.

¿Dónde empieza el Sol su movimiento? Si queremos trazar un círculo instintivamente empezaremos por lo alto, donde acostumbramos a marcar el Norte. Sin embargo no es así, sino que por razones cíclicas interviene una «revolución» primigenia, una inversión que dejó su huella en las cosmogonías, y que también se traduce como inmemorable caida de lo intemporal en el eón, de lo no-nacido en el tiempo... De modo que el movimiento se inicia ahora en lo bajo de la cruz, en el «fondo del cielo» y es aquí donde realmente tendríamos que colocar el Norte, en la oscuridad.

Ciertamente, como decimos, este Norte ocupaba «en aquel tiempo» una posición fija, eminente e hiporbórea. Y allí, desde este bajo de la cruz y desde el fondo de los milenios se dirige ahora hacia su antigua sede, su solo lugar incondicionado donde mora el «summum bonum», la Luz. Por ello desde el «inferus» (esta casa nocturna de nuestros días) el Sol emerge recorriendo periplo creciente y levógiro; y es la marcha hacia lo alto, el ánsia por el Sur y la luz que una y otra vez en principio alcanza...

En principio..., pues una vez en el alto Sur del mediodía se vence a sí mismo llevado de su impulso incontenible, y se desliza e inicia periplo menguante hasta introducirse de nuevo en lo oscuro de la noche. Ello se efectúa al través de los puntos fatales y nodales, los equinoccios de la esfera, la línea meridiana donde todas las fuerzas en juego mantienen equilibrio... Es pues inexacta (pero simbólicamente exacta, por primordial, tal como lo hemos expuesto) la localización instintiva del Norte en lo alto de la figura.

Aquí el símbolo crucífero se resuelve en los 4 elementos, las estaciones del año, las edades del hombre, etc. Es vano recorrerlos todos, para lo que habría que comenzar por el principio o fuente de la vida: el pneuma, el aire cuya sede está en Oriente. Cada uno y recorriendo los elementos puede completar la perfecta arquitectura. Veamos sólo en ejemplo y en lo alto de la cruz, al fuego, al



Chimenea en forma de cruz (Antonio Gaudí, Barcelona)

espíritu: son los calores del verano característicos de la segunda parte del año; en otro orden de cosas es el hombre adulto, la fuerza física y genesíaca y, naturalmente, el Sur.

Es la alegoría del año y la de los cuatro tiempos del Mundo que a la Cruz dan círculo: primero, el tiempo de la desviación, que duró desde el «alejamiento» de Adán hasta Moisés; segundo, el tiempo del retorno o de la renovación, desde Moisés hasta la Navidad; tercero, el tiempo de la reconciliación o «vita Christi»; y cuarto, este tiempo del peregrinaje que compartimos, y que nos lleva en volandas al definitivo pleroma. Tal nos dicen (con este exacto lenguaje o con otro similar) las tradiciones monoteistas.

Mientras tanto aquí sobrevivimos, y es el Invierno, «hibernum tempus». La declinación austral del Sol será máxima el día 22 de Diciembre; el 1 de Enero la Tierra pasa por el perihelio, que es el punto de la órbita terráquea más cercano al Sol, que entonces brilla sobre el trópico de Capricornio. En el Polo Norte es noche total. El Sol se alza.

La Primavera, «primum tempus». El 21 de Marzo el Sol atraviesa el ecuador celeste en el punto vernal, abandona el hemisferio austral de la esfera y entra en el boreal. El Sol está perpendicular al ecuador terráqueo: es el equinocio.

Y el Verano, «aestas». La declinación boreal de Sol será máxima el 21 de Junio. A partir de esta fecha las posiciones que, día tras día, ocupe el Sol al mediodía parecerán ser las mismas; se diría que el sol se detiene, «sol-stat»: es el solsticio. Hacia el 3 de Julio la Tierra pasa por su afelio y a partir de ese momento acelera su caida y su carrera.

Es el Otoño, «autumnus». El 23 de Septiembre el Sol atraviesa el ecuador celeste por el nudo descendente y entra de nuevo en el hemisferio austral. El día es igual a la noche: equinocio de Otoño...

Tal es la impresionante parada solar en su grávida revolución, tan ajustadamente marcando los solsticios y equinocios que palpitan en los extremos cosmológicos de la cruz. Estos coinciden exactamente con las extremidades de sus brazos y con la acometida de sus ejes, y rompen la fatalidad samsárica de la rueda. Por esta razón se los conoce como «puertas», sean celestes o infernales; y son las vías reales, cósmicas, susceptibles de conducir al Centro correspondiente.

En este marco el centro de la cruz es, sobretodo, el nudo a resolver; el nudo de la Naturaleza y el de la Vida, el de las inmemoriales rutas del año que parten de los solsticios y de los equinocios, el del tiempo sagrado, el del vuelo de los pájaros, el de los trabajos y los días.

Adaptando el termómetro de Van Dongen que ilustra los VIAJES EN KALEIDOSCOPIO y don-

de contemplamos las 4 partes del Mundo, del lado del Este descubriremos gusanos de seda y baños calientes; en Mediodía, el plomo fundido y la canícula de Senegal; en Occidente, mirtos y naranjos; Beresina y Alaska en el Norte. Y la cosmología atractiva que nos envuelve estará hecha de vientos del Norte («boreas») y de vientos del Sur («austros»), de oleadas y mareas, de fuerte calor en verano y de hielos en invierno. Es el kaleidoscopio («yo recolecto bellas imágenes») de la Creación y el de sus cuatro esquinas, donde el Ser ocupa el Centro, Sol maravillado.

VI. La antigüedad de la cruz

Encontramos la figura y el símbolo de la cruz en todos los pueblos y en todas las tradiciones a lo largo y ancho de la Historia y del Mundo, pero con una excepción ruidosa, de verdadero lujo, teológica de modo irreconciliable. Lleva ésta tan lejos que se diría que alcanza y sin refutamiento sobrepasa el ridículo, pues evita cuidadosamente la pronunciación misma del nombre de la cruz o su inocente uso aritmético y algebraico. De este modo, en lugar del «+» de la suma utilizará el signo vocálico «kames» esto es, una «tau» invertida; y en lugar de pronunciar la palabra «cruz» dirá «TseLeM» (ver esta voz en el Apéndice), que significa «ídolo». Y no es que la cruz no esté en lo profundo de su tradición; al contrario, este pueblo tiene que vérselas con ella proféticamente en su principal festividad; marcará con sangre en los dinteles mismos de las puertas de sus casas el signo cruciforme. Más todavía, por sustraer a sus primogénitos del «progrom» del ángel de la muerte, la sangre derramada será la de un cordero (cfr. la Hagadá de Pesaj)... Para ellos objeto de abominación es, en cambio, el riquísimo símbolo que

tan abundamente hallamos en los vestigios fósiles o petrificados de mundos antiguos que un día fueron, y que pasaron.

Contemplando el glifo sobre la roca viva de monumentos megalíticos o en paramentos arcaícos sacados milagrosamente a la luz, dudaremos si estamos ante un trazo azaroso, un mótivo crucífero en puro módulo ornamental o la poderosa sencillez del símbolo. Su universalidad y su multivalencia nos convencen de vernos ante un significante extraordinario, quizás ante la herramienta del agrimensor o del marino. Hay muchas más posibilidades: el plano del arquitecto del templo, un instrumento de orientación o de cálculo o, sobretodo, el grafismo humano confrontado con su propia realización espiritual. Su antigüedad es anterior a la Historia, ya que se halla inscrito desde siempre en la Naturaleza. Su origen, pues, coincide con el Principio o, quizás, con el momento cero y original de la ocultación del Principio en el nacimiento del Mundo, de un Mundo surgido de incomprensibles trazos y coordenadas... Ahora bien, aquí nos tendremos que conformar con poco más que algunas pinceladas de carácter histórico y antehistórico, cuando la marca inteligente signa ya la actividad del hombre.

Es, en primer lugar, la cruz puramente espacial de ramas iguales que hemos contemplado en el capítulo anterior. Aparece como emblema de Anu, la más vieja divinidad sumeria del Cielo y de sus



Figura prehistórica (3900-2500 A.C.) en forma de crucifijo. (Chipre)

cuatro regiones. Ya entonces está en la plenitud de su potencia simbólica, además de ser una señal de ocultación y de revelación ampliamente propagado por toda la teocracia neolítica.

La remota datación «ab Urbe cóndita» (753 a J.C.) requirió como hecho fundacional el cruce de cardo y decumanus y, en su punto de encuentro, la significación de un «mundus» de donde todo irradia. Lo mismo en la fundación de cualquier ciudad, y nos viene a la mente (ya ayer) la de Santa María de los Buenos Aires en la orilla derecha del Plata en 1536. Tenemos aquí la interacción que el hombre busca con los puntos cardinales, uno de los tantos modelos que responde a la resonancia del Cosmos en la intimidad humana o a la relación del tiempo y del espacio. Es la síntesis del cielo con la tierra...

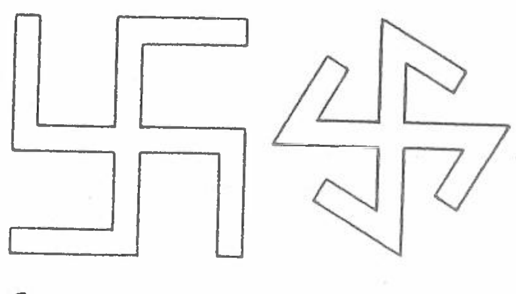
Pero podemos ir mucho más lejos que aquel año 753: en Creta, una cruz de mármol data del s.XV a JC. También la vemos, giratoria, en diversas cerámicas de Samarra, en Mesopotamia; en tanto que una estatua femenina de Troya tiene una svastika en lugar del sexo.

En Egipto encontramos todas las formas de la cruz. La griega, en la estatua de Mykerinos de la IV Dinastía, en la Estela de Mery (1950 a JC) o en la tumba de Ramsés I de la XIX. La de cruz de Malta, en la diadema floral de la princesa khnumet del s.XIX a.JC. La latina, sobre un co-

razón (el «NeFeR» atributo de Osiris) en la estatua de Amenophis I de la XVIII Dinastía o en la tumba de Nefertari, esposa de Ramsés II; también en el conjunto de Rahotep y de Nofret de las III y IV Dinastía (s.XXVIII a.JC). En fin, en forma de ank o Cruz Ank (la cruz que incluye en su trazado a la bóveda del cielo) en todo el universo de templos, joyas, estatuas, amuletos, etc, amén de verlo siempre en la mano izquierda de Anubis y en la de Horus después de la pesada del corazón...

El culto persa de Mithra es un culto de misterios que llegó a cohabitar con el de los cristianos de la Roma imperial. Sus sacerdotes, en el «antro», también ofrendaban pan y vino, ofrenda antigua de Melquisedec al Unico, a El-Elión; por lo que aquí nos interesa hacían el signo de la Tau o de la cruz sobre la frente de los iniciados. Este signo no era distinto de la sagrada esfragis que, en la frente, en la boca y sobre el pecho, tanto nos recomendaba el catecismo para los principales momentos del día (ver en Apéndice «El signo de la Cruz»).

Ya nos hemos referido a la svastika, de siniestro e hipnótico significado en su forma dextrógira por culpa de los nazis. También abundaba en la China prehistórica donde, en este Imperio del Medio, la cruz griega era (y es todavía) utilizada con el valor del número 10 siendo, además, uno de los signos clave necesarios para la composición de los ideogramas (interviene, por ejemplo, para designar la



Cruces gamadas

Tierra, el Puente o el Emperador). Símbolo esencial en esta Tradición, es el fundamento mismo de la disposición del Ming t'ang.

En la India está encarnada en los dioses de cuatro brazos. De modo clave, en el dios Brahma de cuatro rostros, centinela de las 4 direcciones del espacio. Lo mismo ocurre en iconografía diversa de Vishnú y de Shiva, o también con la Tara búdica entre las divinidades femeninas. Se trata siempre de lo mismo, de señalar el hogar inaccesible e irradiante de las fuerzas ultramundanas que subyacen a este mundo físico, y que son las energías que se difunden en las cuatro direcciones... Y se nos invita a identificarnos con aquél hogar transcendente.

Pero si queremos auténtica antigüedad, vayamos a nuestras fuentes tradicionales... Vayamos a Gan-Edén, a los 4 ríos que de él fluyen: nombre de uno el Pishôn, que rodea toda la tierra de Ha-

vila donde hay oro, el oro de esta tierra está bien y allí se encuentra también el onyx y el bedelio; nombre del segundo, Guijón, que circunda toda la tierra de Kush; nombre del tercer río, Hidekel (Tigris), que discurre al levante de Asur; el cuarto es el Perat (Eúfrates), todos ellos los impresionantes y míticos brazos de una cruz cuyo centro es el Paraíso Terrenal. El Paraiso es el Centro, lugar de Luz.

Con la misma función paradisíaca, a Gan-Edén se superpone la mitológica montaña Meru, Sumeru o Mahameru, residencia de los dioses de los mundos antiguos y también figura del «axis Mundi». Se encuentra el Monte Meru en la confluencia de cuatro continentes que se orientan conforme a las cuatro direcciones fundamentales. Entre ellos se extiende la superficie de los cuatro océanos primigenios que limitan con las esferas exteriores... La panorámica total es la de la figura cósmica de la cruz.

Más ajeno a su valor místico e insondable, con el chamanismo la cruz adopta inmediatamente una función protectora y tutelar. Tal ocurre en el Bon-Po de las vertientes himalayas. Pero por tan altas latitudes la forma más perfecta de la cruz está –cargada de riquísimo simbolismo– en las tierras secretas del lamaismo tibetano: es la Cruz Universal formada por cuatro vajras o «diamantes» que, se nos dice, es el Buda poniendo en movimiento la rueda del Dharma. En esta Tradición

es, asímismo, el soporte diagramático y el hilo de Ariadna de los mandalas que, como sabemos, son representaciones cósmicas...; como son, también, construcciones intelectuales, entelequias crucíferas que nos permitirían la alta realización de una meditación equivalente al espacio.

La encontramos con profusión en el arte de los pueblos del Africa negra. Aquí su principal valor parece ser cosmológico, aunque también se aprecia una función iniciática y secreta de complejos contenidos ultramundanos y, en último lugar, mánticos y aritmosóficos; y así vemos abundantemente, por las tierras de negritud, la svástika y la cruz de San Andrés. Lo mismo ocurre entre los indios nativos de América del Norte, cuyas pictografías celan los mitos arquetipales y cuyas representaciones van mucho más allá del mero valor ornamental: de este modo los Indios Pueblos de Arizona representaban el orden del mundo por medio de la cruz. Otro tanto en las figuraciones cosmológicas de los aztecas, toltecas, etc, y en su simbolismo desconocido, de cariz metafísico, aunque lo apreciemos modular y recurrente. De modo grandioso en los planos de las ciudades precolombinas, en las encrucijadas de sus caminos y en las soberbias y muy empinadas escalinatas que, en las 4 vertientes, recubren algunas pirámides mesoamericanas.

Entre los cristianos aparece tímidamente a partir del s.II, y con más fuerza a partir del s.IV. Hay



Jesucristo en un plato belga del S. XVIII

muchas razones para ello. Considérese que el paleocristiano (anterior a Constantino) es el arte de los sarcófagos y el de las catacumbas y, por tanto, eminentemente funerario. El artista prefiere, ciertamente, el símbolo del Orante y el del Buen Pastor que expresan la dulce esperanza de la vida eterna... No hay que olvidar tampoco el desagrado profundo que la cruz patibularia causaba al pueblo judío («ex quibus Christus secundum carnem») y otro tanto –creemos– a los cristianos de la Iglesia de Jerusalén, que plenamente participaban de aquella idiosincrasia (ver en Apéndice la voz «crucifixión»). Para aquel pueblo elegido, excepcional y tan amado, no ha cesado nunca (¡bien al contrario!) el escándalo de la cruz, como tampoco hasta ayer cesó la acusación de deicidio. El paso del tiempo no ha bastado. No queremos hablar de ello.

La forma más primitiva es la de cruz de San Andrés (Siria, s.II; ver también cementerio de Priscilla y epitafio de Rufina) junto con la de San Antonio o Tau, esto es, la «crux commissa» o «patibulata». Rigurosa escritura en cifra, la «commissa» se intercalaba de modo patente, a la vista y magnificada de tamaño, en ciertas inscripciones funerarias en el medio de las otras letras (v.gr.: «vicToria» ilaTra» etc). Quedaba disimulada precisamente bajo la letra griega «Tau», cuyo aspecto de patíbulo hacía que aquellos cristianos la prefirieran como símbolo de la cruz. Luego aparecen las formas griega («crux immissa») y la latina, y

también las de forma de ancla, etc. De modo que hasta los s.IV y V la cruz sólo aparece en las catacumbas una veintena de veces, y siempre acompañando diversos epitafios e inscripciones entre los que tampoco falta la svastika (cementerio de Domitilla) o la cruz Ank (entre los primeros cristianos coptos).

Esta parsimonia gráfica, embrionaria, y esta parvedad se debe, sin duda, al temor y a la ocultación de los tiempos, que van a durar hasta el Edicto de Milán en el 312. En el entretanto ha intervenido un San Pablo, esto es, el triunfo del universalismo y el de la abstracción helénicos sobre el particularismo mosaico y su pragmatismo. Tras el 312 el panorama cambia: la obsesión cultual y cultural de la cruz se manifiesta a pleno día. Diversos autores como Minucius Felix o Tertuliano afirman que los temas más vulgares dan ocasión a los cristianos para dibujar la cruz o para contemplarla. Se la vé en el navío que se desliza a todo velamen tensas las vergas, se la ve en el timón de un carro erigido en alto, en las alas desplegadas de los pájaros en vuelo, en el hombre que implora erecto con las brazos extendidos, en las formas del tridente, etc, etc.

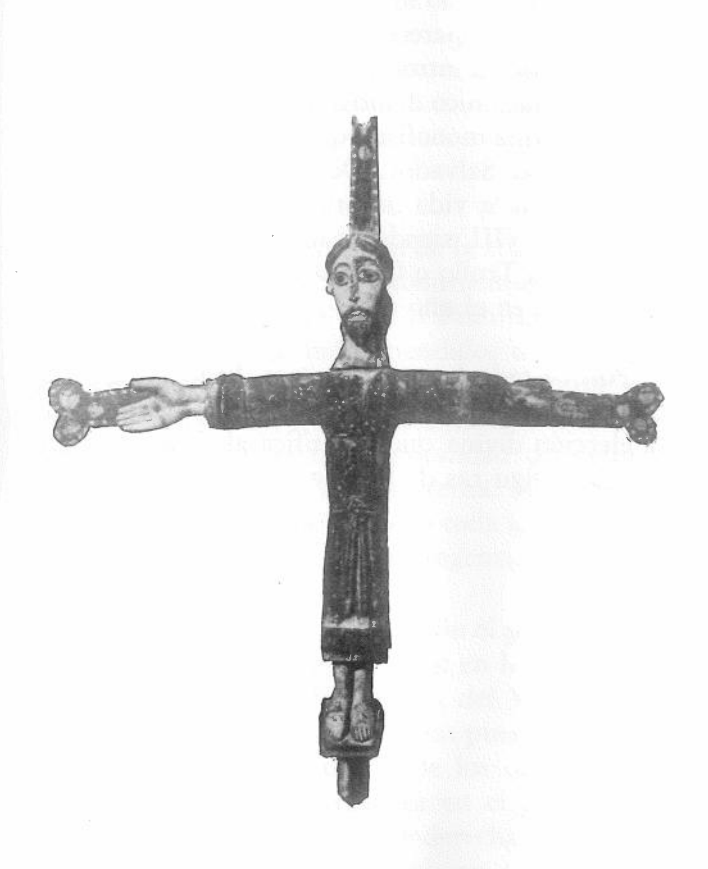
Nos conmueve de modo particular el Crismón, impresionante y complejo símbolo crucífero que tanto admiramos en los frontispicios de nuestro románico. Data, en recto desarrollo del lábaro de Constantino, de aquellos primeros siglos. En él se

aúna el alfa con el omega (esto es, el primero y el último, el principio y el fin) dando cuerpo y definiendo a la cruz que, aquí, es monograma famoso del Cristo. Se presenta de este modo: sobre la «Xi» griega se superpone la «Ro» mayúscula barrada con un trazo horizontal. Es fácil identificar este monograma con la cruz ansata o cruz de vida eterna, esto es, el Cristo en gloria que el crismón precisamente celebra...

A la epopeya triunfal del Emperador cristianizado debemos también las festividades de la Invención de la Vera Cruz y la de la Exaltación de la Cruz. Emblema de Jesucristo, la cruz es ahora manantial de vida, máximo título de gloria, árbol de vida, esto es, «sacramentum ligni vitae».

En aquellos albores del s.IV la cruz aparece, eminentemente, como el símbolo de la victoria del Cristo sobre Satán y no se asocia con el crucificado sino bajo un aspecto sumamente velado. Como antes hemos dicho (y como vemos en el mausoleo de Galla Placidia en Rávena) se prefiere la majestuosa figura del Buen Pastor que, ahora, llevará en su mano la cruz. También se prefiere el cordero que la porta abanderada sobre los lomos, o bien recostado amorosamente, pacífico, sobre un ara a los piés de la cruz.

En cuanto a la figura del crucificado (esto es, en cuanto al «crucifijo»), habría aparecido por primera vez y según noticia del abate Migne en



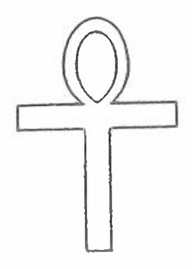
una iglesia española del siglo V. Sin embargo es mucho más seguro pensar, conforme a testimonios fehacientes, que no lo encontraremos antes del siglo VI en que aparece sobre marfiles historiados. En todo caso su introducción se debería no a temprano y anacrónico dolorismo, sino a la lucha contra la doctrina monofisita que negaba la naturaleza humana del Salvador. De cualquier manera no participa en la vida devota de los fieles antes de los s.VII y VIII, siendo su uso recomendado en el Concilio in Trullo o Quinisexto, habido en Constantinopla en el año 692.

Porque todo lo que hayamos dicho y digamos de su simbolismo, era necesario para comprender la elección divina que identifica al Cristo con las formas y figu ras de la cruz.

VII. La cruz cíclica

El Ank es la denominación de la cruz ansata de los antiguos que, en los monumentos egipcios, aparece en la mano de Thot o Ptah. En realidad es uno de los signos más extendidos de todas las épocas: sobre la cruz Tau, que representa al ser, coloca una bóveda, que representa la bóveda celeste. Es el ser bajo la inmortalidad del cielo y designa de este modo la vida eterna. Movimiento de lo inmutable al que es ajeno toda agitación, es la inmortalidad en su aspecto regenerador.

Ya en el instante de la Creación el poder divino que tiene al mundo lleva el Ank en la mano. Así lo vemos en iconografía diversa del Valle de los Reyes. Y si esta llave Ank abre las puertas del año, también inaugura y abre la de los ceremoniales psicopompos. De esta manera en el juicio final Anubis, que conduce con su derecha al difunto hacia la balanza, tiene el Ank en su mano izquierda. Y lo mismo tras la pesada del corazón: Horus, con la cruz ansata en la misma mano izquierda, guía al difunto hacia el trono de Osiris, el Señor del más allá.



Cruz ansata

La cruz ansata, por tanto, gobierna y rige al mundo desde la creación hasta la muerte, desde el más allá de la muerte hasta la vida eterna. El Ank es el esquema formulario y la proyección plana de la Totalidad, el del Ser en su manifestación... Por tanto es figura antropomórfica, hombre con los brazos extendidos, profecía del Cristo en cruz, icono que roza lo abstracto.

Símbolo de vida y de vida eterna, es una relación del tiempo a la eternidad.

Del modo más patente la bóveda superior del Ank es el tiempo cíclico; el brazo horizontal o «patibulum» (ver, si no, nuestro Apéndice), es el tiempo rectilíneo y el trazo vertical inferior el «inferus» la estancia de los muertos. Hay un increible punto de convergencia entre los tres estamentos. Por tanto el tiempo cíclico que tan perfectamente indica la cruz ansata, es la rodadura del ansa de la cruz –círculo de la vida y del tiempo divinos–

discurriendo sobre aquella horizontal patibularia, tan emblemática de lo indefinido y de la Historia. De este modo comprobamos el carácter cuantitativo del tiempo lineal: cuanto más recta recorrida, más tiempo, pero más indefinición a derecha e izquierda de un «ahora» inasible... Y vemos el carácter cualitativo del tiempo cíclico que, en un sólo «día» perfecto o círculo, habiéndolo ya completado todo, asume en una sola vuelta la totalidad de la dimensión temporal. Decimos cíclico (que no sólo «circular»), pues una y otra vez reinicia el recorrido como si, en sí mismo o en el total de su duración, fuera ya el Presente en su ínsito carácter de eternidad.

La sacralización del tiempo (esto es, su inmutabilidad sagrada, su eternidad) requiere aquel indefinido recomenzar de un «día» que se mira y se conviene a sí mismo... y que es siempre nuevo, sin fin. Ello garantiza la vida, un recomienzo «eterno» de todas las cosas; lo que nos lleva a la idea de año y a la idea de puerta. Este «año» es cuadripartito, pues comprende cuatro estaciones o «edades». Los romanos lo celebraban en las festividades inaugurales bajo la advocación de la diosa Anna Perenna (homofónico de «año perenne»). Este mismo término de «año», «annus», se ha relacionado con «anillo», esto es, el tiempo en anillo, tiempo cíclico o «zodíaco»... Y aquel contínuo recomenzar tendrá el valor transmutador que eleva el tiempo a la eternidad (a decir verdad, lo transmuta en espacio), siendo a su vez la fuente misma del concepto de lo sagrado.

En Egipto, «copia del Cielo», el Rey Faraón es el maestro del ceremonial que, Ank en la mano izquierda, resucita cada año y todos los años la vigencia de los tiempos primordiales. El hombre del Nilo ha sido imbuido de ritos agrarios y sabe que trabaja para la eternidad. Al nombrar da nombre a las cosas imperecederas: con ello restituye el Presente y recompone la sagrada condicion humana. El presente es para él la totalidad, pues en el cielo nada distigue al pasado que subsume y al futuro que conoce.

VIII. Metafísica de la cruz

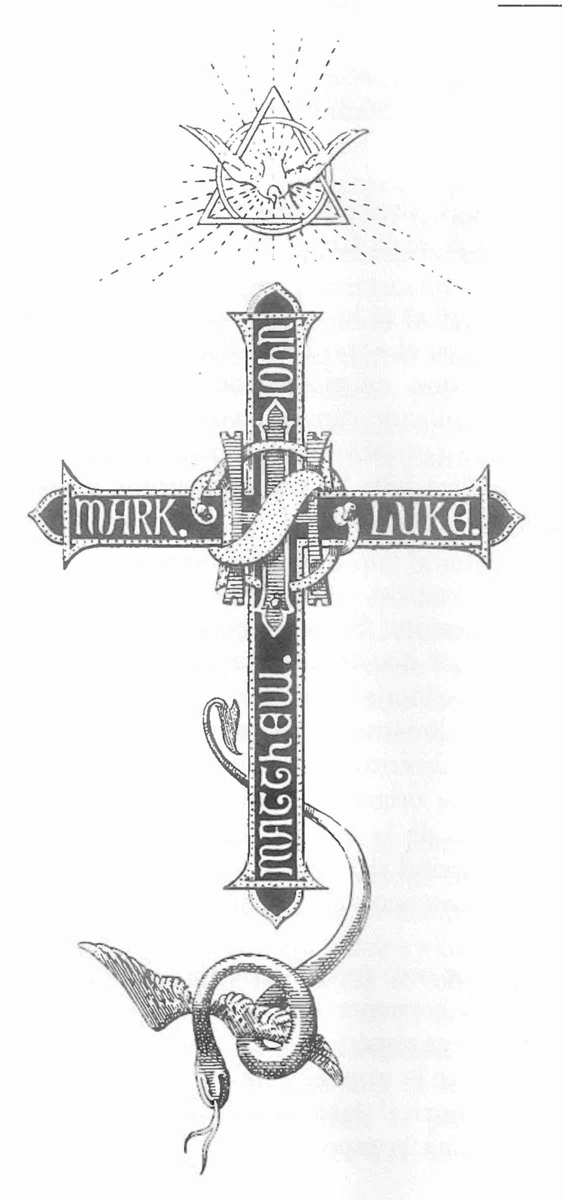
De modo más o menos velado no hemos hecho otra cosa —hasta ahora— sino hablar de metafísica, de lo que está «más allá de la Física» si, como los antiguos, entendemos por ésta a la naturaleza.

Perteneciendo hasta el tuétano a este mundo sublunar, a la física, será desmedida la pretensión de hablar de Metafísica. Quizás uno de los más nobles logros dentro de este ámbito sea la recta comprensión de la idea de Dios escondido («Deus Absconditus»). Dios está escondido en este «ahora» pedáneo como si fuera el «antes» o bien el «después». Este escondimiento divino es generador de la cruz sin la cual, decíamos, somos incapaces de representar el punto. La cruz como símbolo (como todo símbolo), no nos puede llevar sino a la esencia primordial misma (a la metafísica) como si fuera puro gesto de esa esencia.

Por ello la metafísica de la cruz nos dice: «El es el primero y el último, el aparente y el oculto. El conoce todas las cosas». También afirma: «Pero de Allah el Saliente y el Poniente; así pues don-

dequiera que os volvais, allí la Faz de Allah. En verdad Allah amplio, sabio»... Dios, en efecto, es la Realidad Ultima y por eso ya mucho antes, en el Apocalipsis y en otros sitios, está escrito «yo soy el Omega». También es la Realidad Primera, y se dice «Yo soy el Alfa». El Alfa y el Omega son la misma cosa. Si trasladamos esta realidad a la Lengua Santa, diremos que El es el «Alef» y que también es la «Tau» (su primera y última letra). Ahora bien, la glíptica de ambas letras hebreas es de cuatro trazos: cuatro brazos del Alef, para lo que son necesarios tres movimientos de la mano; y dos nada más para la Tau, letra que en el hebreo más primitivo ostentaba la simple forma de una cruz griega.

El Alfa y el Omega son letras entre las que se despliega el alfabeto. ¿Qué es el alfabeto, sino la gramática nuclear y más subsistente de las cosas? Por eso en la dedicación del Templo (espacio sagrado, pero también «kairós», tiempo sagrado) se inscribe en el suelo recubierto de cenizas los alfabetos griego y latino, formando una cruz de San Andrés. Es la manifestación del Verbo encarnado, la Creación; por ende es esta realidad relativa, la única que conocemos (la «física» de los antiguos); responde al positivismo más radical y coincide con el «Deus Absconditus», con el abismo. En ello lo mismo es «tiempo» que ocultación del Principio o Realidad Ultima. Bien lo sabe una Tradición verdadera como el Islám que, para afirmar la Unicidad, tiene que predicar primero la extinción («al-


JOHN
MARK.
LUKE.
MATTHEW.

fanã») de todas las cosas, y su reabsorción transcendente. Lo Uno y lo múltiple no son contemporáneos.

El «Deus Absconditus» nos lleva a la siguiente inteligencia de la Cruz:

El Centro es el lugar del Ser que no puede sino coincidir con el «Sí». El eje horizontal es el vector temporal que, en el presente y en este mundo relativo, coincide con un «yo» que es dueño del pasado (la rama izquierda), pero también del futuro (la derecha). En esta dimensión, el ser es el Señor de la Historia.

El eje vertical, atemporal, cruza al ser en su eterno presente. Si antes podíamos suscribir no sabemos qué noción kármica de la que —fruto del pasado— pendía el presente, ahora alcanzamos en cambio la dimensión vertical y abismada. Con negación del determinismo kármico, el Ser no pende o encuentra origen sino en el Sí. Y el «yo» que soy, centro de la cruz, es el acerbo y muy agrio fruto temporal del ocultamiento en que forzadamente mantengo al «Sí» en este mismo instante.

Visto de otro modo, en cada ser humano concurre una corriente horizontal, la corriente vital que nos llega genéticamente desde los antepasados y abocará en la muerte y en los descendientes. Pero es en la vertical (ascendente/descendente) donde se determina la especificidad de la persona en su

dimensión atemporal e incondicionada, en la esencia común e íntima que intuimos.

Importa esta vertical que atraviesa primero el mundo relativo, luego la totalidad de los niveles del ser. Y si queremos un esquema de la realización espiritual, lo encontraremo precisamente en el centro de la cruz ascendiendo a todo lo largo de la rama vertical. Este ascenso del centro arrastra consigo o genera otras «horizontales», pues cada estado de ser (hombre, ángel) se acompaña de sus propias condiciones y constituye la particular horizontalidad de dicho estado. La figura que resulta es la cruz papal, esto es, una cruz latina con tres traviesas, la superior más corta que la inferior inmediata. En efecto, cuanto más cercano se esté del Principio no manifestado (Deus Absconditus) menos peso tiene lo relativo. Conviene la figura, además, a la función pontifical («pontus facere») que tiende puentes entre los mundos de los distintos estados.

Pero el lugar geométrico de toda comunicación vertical, el centro atractivo, se relaciona con Efesios III, 17-19: «Por adherencia él hace habitar al Mesías en vuestros corazones, enraizados y cimentados en la Charis. Así tendreis la fuerza de comprender, con todos los consagrados, lo que es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y de penetrar el amor del Mesías más allá de la penetración. Así estareis llenos de toda la plenitud de Elohím». Y sobretodo con Mateo VII, 13-14: «En-

trad por la puerta estrecha. Sí, ancha la puerta, vasto el camino que conduce a la pérdida, y numerosos los que entran. Estrecha la puerta, apretada la ruta que conduce a la vida, y raros los que la encuentran» (de la traducción de Chouraqui).

IX. La encrucijada

La encrucijada es el momento de la decisión: ésta es la visión primera que acude a nuestra mente. Aquí, como tantas otras veces, el simbolismo espacial oculta significantes temporales. En efecto, es en un número plural de encrucijadas donde se oculta el secreto de los nudos y los codos de la vida; el de los puntos de inflexión, las horcas caudinas del curriculum personal.

Dos caminos que se cortan son una encrucijada, cruz formada por dos caminos... Ello augura un cambio de dirección, y este cambio es operante, poco importa que el «viator» no modifique un milímetro la dirección de su andadura. Aun en este supuesto, en nada habrá evitado el drama, el momento de la decisión en el punto emblemático y central del cruce. Nada habrá impedido la oferta de caer en la tentación y flexionar el rumbo de acuerdo a la doble posibilidad: la ratificación de éste, seguir adelante (lo que apunta en el sentido del ser); o su rectificación a la derecha o a la izquierda (y son los rumbos de la Historia).

Lo que no cabe es pisarse la huella y volver sobre los propios pasos. No se rehace el pasado: el segundo recien transcurrido está ya tan yerto como un hueso.

Para el noble aventurero y el caballero andante la encrucijada es la ocasión de una rendición convenida, salvo que sea el exponente máximo de la indiferencia sacra. Esta, y muy adusta, debe adoptar quien se halla ante el minucioso o prolijo «preámbulo para hacer elección» y que, tras la sólita oración preparatoria, postsigue al «preámbulo para considerar estados». «Preámbulo»: léase «antes de andar» «antes de decidirse». De San Ignacio va y de sus «Exercicios Spirituales» donde, «manu militari», se nos quiere colocar ante prietísimas encrucijadas.

Más tierno y suave aquél dulcísimo aventurero «Quesada», o «Quijano», y «mejor parece un caballero andante que por los desiertos, las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades...»

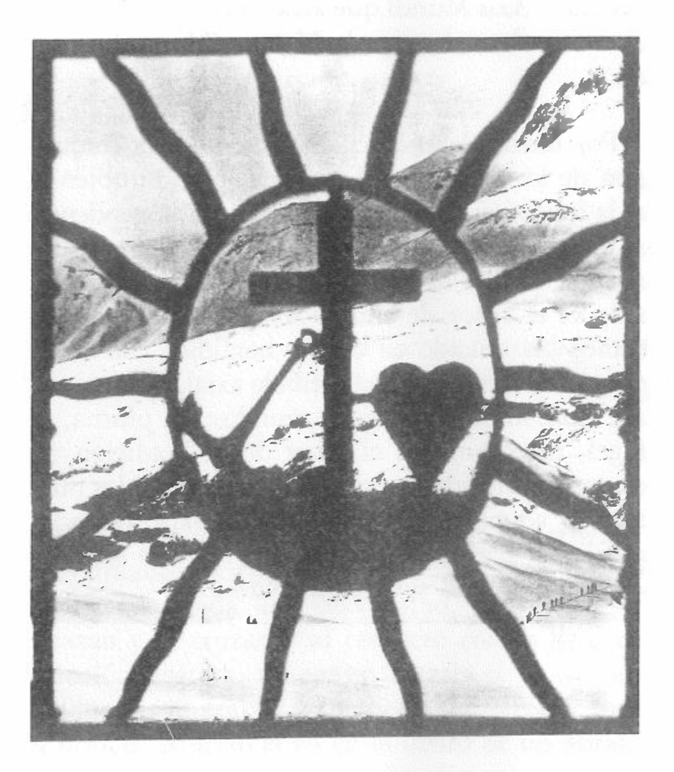
Quizás sea por ello, por mor a la viuda, que el noble caballero suelta las riendas en la encrucijada y deja libre acción a su montura... En ello se ha


FAITH
HOPE
CHARITY

visto el dar suelta a los instintos, mas vemos nosotros la rendición convenida en manos de Dama Egeria, la Musa, la Inspiración, en manos de quien nos es superior. Absorto el caballero en su pensamiento ya no queda sino el bruto animal, libre de bocado constrictor, para saber elegir camino. Aquí se gustan los resabios del azar; pero bajo mejor punto de vista sólo se sueltan amarras para que ningún obstaculo interfiera en el momento grave y sagrado de la elección... Para que puedan manifestarse con brillo las secretas mociones del corazón enamorado.

Lugar epifánico, por tanto, en la espesura numinosa, a causa de los brillos y de los prestigios del misterio. Las encrucijadas han sido, eminentemente, lugares votivos ornados de calvarios, cruceros y capillitas mariales o, al contrario, su magnética irradiación ha atraido los ceremoniales de la magia negra. Algo sucede en las encrucijadas para tanto ser lugares de encuentro con la muerte, y por ello dedicados a Hécate triforme.

Es, decimos, el lugar de encuentro con el destino y, en el lánguido atardecer, lugar de encuentro con Afrodita lúbrica, la de los amores venales: desde el sueño de la muerte, transmutador, hasta el sueño en los mórbidos brazos, éxtasis del sistema nervioso. En latin se le llama «trivial»... En francés «carrefour», al fin y al cabo el cuadrado, tal como decimos nosotros «encrucijada». Todo ello es bueno: «Trivium» no por darse allí «tres vias», sino



Cruz con el áncora y el corazón dentro del Sol. (Hospicio del Simplón)

por ser templo natural y lugar de encuentro de los tres Mundos (Cielo, Tierra e Infiernos). Allí pasa, por tanto, el eje vertical de la cruz, lugar por donde circula el Axis Mundi que atravesará otros mundos manifestados a los que la Muerte (Hecate) da acceso.

Por último la encrucijada quiere ser la conjunción de los caminos del hombre, pero también el de la inversión simbólica, el cambio transcendental de dirección. Es, en lo minúsculo, el cruzar lo dedos en relación con la suerte y para conjurarla; sobretodo es el cruce de símbolos... Y así lo comprobamos blasonando en el arte heráldico con la espada y la pluma: espada, símbolo axial, ascensional, que con su filo atraviesa mundos; la pluma, el ángel, pero también el saber de la Tradición. El menor significado (pero sería suficiente, si los pueblos lo adoptaran) es que el combatir (espada) podría ser legítimo a condición de verse siempre subordinado a la sabiduría (pluma).

X. El abrazo

«Semoló tájat (le)rochí – wiminó tejabqeni».
«Su izquierda bajo mi cabeza – y su derecha me enlaza»

(del Cantar de los cantares
que es de Salomon, II,6 y VIII,3)

En lo íntimo del abrazo los brazos se «cruzan» y los amantes restituyen el Uno que antes tenían secuestrado, cada uno una mitad. Los brazos se abrazan y se cruzan y al contacto con lo Real de la fusión unitiva, muere en éxtasis el yo del indíviduo y son acabados los cielos, la tierra, y toda su milicia. Muerto el yo en lo ínsito de un abrazo sin apego, se recompone otra vez el centro, el Edén, el Ser; se recrean otra vez los cielos y la tierra, las oscuridades del origen, el comienzo de los comienzos, la luz buena, espacio entre las aguas y las aguas, la caverna de la vida, el punto cero del Eón, el Ser... Es el acto genesíaco, fecundo y creador, el misterio; y la figura de la cruz es el abrazo.

El hombre intenta la perfección de la cruz mediante el abrazo, cuya ejecución es: «su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me enlaza». Ahora bien, se nos dice que el rigor está del lado de la izquierda; pero aquí no se afirma «su rigor sobre mi cabeza» (que serían los días de luto), sino bajo ella, esto es, apaciguado. Es en estas condiciones cuando «su derecha me enlaza». Y he aquí el esplendor, la manifestación de la Vida, todas las riquezas del Universo...

«Su izquierda bajo mi cabeza» en tulipa, en copa, sosteniéndola, no pesando sobre ella, muestra la vertical. Su derecha en círculo amoroso. Y las dos cruces en abrazo en cruz de los amantes, son ahora esta cruz que se repliega, se cierra sobre sí misma y se reabsorve en el centro: «bésame con los besos de tu boca»...

Pero tres siglos después del canto de Shelomó, Isaías (XLVIII,13) dice: «Af-iadí iasdáh érets, wiminí tipjáh chamaim»; dice, «mi mano ha fundado la tierra, mi derecha ha extendido los cielos». Se deduce que la izquierda, el rigor, ha dado fundamentos a la tierra, pues sin que quepa duda se afirma que es la derecha la que despliega los cielos, el mirífico espectáculo... Ahora bien, la tierra es la horizontalidad de la cruz ya que, sin error, deberemos convenir que la verticalidad queda reservada a los cielos...

¡Qué extraño!, en la Cruz del Mundo la izquierda es la horizontal y «axis mundi» la derecha.



Placa de hierro colado (S. XVII)

Pero aquí, en la ínsito del abrazo (cuando los hálitos se penetran y el temblor se comunica), quien se yergue verticalmente para –en el cuenco de su mano– sostener mi nuca antes rígida, mi cerviz vuelta maleable, es su izquierda bajo mi cabeza; en cambio, ahora, su enhiesta derecha me enlaza y da cintura... ¿Qué quiere decir esto, sino que lo uno es imagen en el espejo de lo otro?

Como en el emblema del abrazo la cruz es, en todos los niveles, el signo escatológico o último de la «resolutio oppositorum», la embriaguez del vino, el beso de su boca, la experiencia unitiva.

APÉNDICE: NOTAS AL TEXTO

HERÁLDICA

La Cruz, en su máxima desnudez, es una pieza honorable compuesta que resulta de la unión del palo y de la faja. Admite multitud de formas: sencilla, paté, de punta fija, recortada, ancorada, de potenza, florlisada, recrucetada, anglesada, dentellada, vacía, gringolada, pometeada, de Lorena, anillada, trebolada, tricúspida, ecotada, ajedrezada, fretada, entada, resarcelada, crenelada, bretesada, céltica, de Alcántara, de Aragón, de Borgoña, de Calatrava, constantiniana, de Caravaca, de Danebrog, de cinco brazos, patriarcal, papal, rusa, teutónica, de armiños, de Jerusalén, de la Pasión, del Calvario, de las catacumbas, del Espíritu Santo, de Malta, de Montesa, de Santiago, de palmas, de San Lázaro, de San Jorge, de Tolosa (occitana), en ipsilón («Y»), egipcia o ank, estrecha, etc, etc.

LAS RAÍCES DEL «NOMEN»

«Crux, –cis» (latin, de origen mediterráneo), cruz.

«Cruciare» torturar.

De ahí el Español: cruzada, entrecruzada, encrucijada, crisol, crisuelo (lámpara de dos mechas), cruz, cruzar, crucero, crucificar, crucifijo.

El italiano, croce, crociare (atormentar), crociata (cruzada) crociera (crucero), crocifiggere, crocifisso, crocevia (encrucijada)...

El inglés, cross, cruciate...

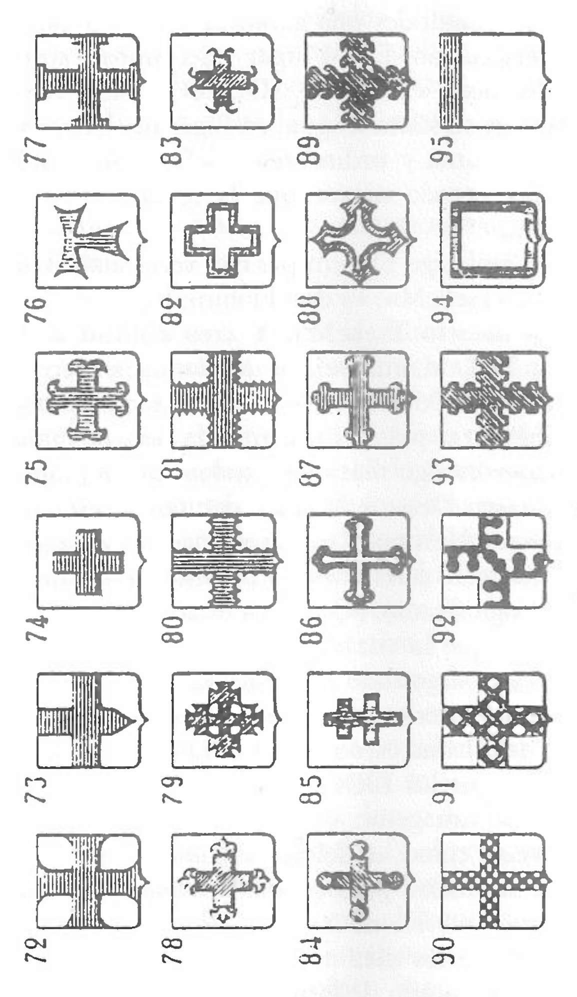
El alemán, kreuz, kreuzen (cruzar) kreuzigen (crucificar) kreuzzug (cruzada), kreuzer...

«Sólo lugar» (Ha-MaQOM)

Possibly the designation MaQOM («place») for God, so frequently found in Talmudic-Midrashic literature, is due to this conception, just as Philo, in commenting on Gen. XXVIII,11 says, «God is called «ha-maqom» because he endoses the universe, but is Himself not endosed by anything.

Idolo (TseLeM). Imagen

¿Cómo evitar que cualquier actitud del pueblo elegido (sobre todo si es teológicamente significativa) no sea profética? Esta raza, como ya hemos dicho y como tanto y tanto se olvida «ex quibus Christus secundum carnem», ha evitado cuidadosamente pronunciar con su boca el nombre de la Cruz. Y ha puesto en práctica sus mejores rabinismos para los necesarios distingos entre lo que no deja de ser un mero módulo ornamental, el simple cruce de dos cosas, y el elevado objeto de culto y adoración. Si fué (y es) escándalo para ellos,



Cruces heráldicas

para los judeo-cristianos no dejó de ser en aquellos siglos inaugurales una garantía de caza y captura, de persecución. En su lugar –decíamos– aquellos judíos dicen «TseLeM», IDOLO; o bien, con palabras de su santa lengua, en lugar de decir «cruz» dirán «trama y urdimbre»... «TseLeM», ídolo: y no hay pecado mayor que la idolatría. Sin embargo...

Sin embargo Elohim por tres veces hizo al hombre su «TseLeM»: «y dijo Elohim, hagamos a Adán como nuestro TseLeM... Y creó Elohím a Adán en su TseLeM, en TseLeM de Elohím le creó a él... (cfr. Gen, I 26,27)». Según esto el término hebreo –verdadera palabra sustituida de la palabra «cruz»– es algo más que «ídolo». Es propiamente la «imago Dei»; y la cruz, por tanto, imagen de Dios (también podríamos sostener que es algo más que imagen, pues allí está presente la misma realidad significada). ¿Qué más queremos? ¿Cómo no afirmar que la voz de Israel es un voz profética? Y sin embargo todo esto que decimos es evidente: así debiera serlo hasta para el discípulo más párvulo del último estudioso de la Ley, que no debiera ignorar que los LXX suelen traducir TseLeM por «eicón» «imagen»; y únicamente lo utilizan por dos veces como «eidolón» «ídolo».

La seguridad para cuanto afirmamos la encontraremos en Exodo xx, 2 y ss., que formula el primero de los diez mandamientos: «Yo, IHVH, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de los siervos; no habrá para tí dioses extranjeros ante mi rostro; no harás para tí PeSeL...». Hé aquí

la prueba: será «PeSeL» por tanto (y no TseLeM) el verdadero concepto de «ídolo», como también veremos en Exodo al condenar la idolatría. De este modo, «PeSeL ELiL» significará «estatua de la deidad»... Porque –dice IHVH– «¡yo soy un Dios celoso!»

La señal de la cruz: signarse, persignarse o santiguarse

La señal de la cruz marca los hitos principales de la vida cristiana. Es un «sacramental» cargado de beneficios espirituales. Consta de dos partes: la primera consiste en una triple «esfragis» (sello o cruz) que se traza con el pulgar de la mano derecha sobre la frente (santificación de los pensamientos), sobre los labios (santificación de la palabra) y sobre el pecho (santificación del hacer y del querer). Se acompaña de la siguiente invocación: «por la señal (+) de la Santa Cruz – de nuestros (+) enemigos – líbranos Señor (+) Dios nuestro». La segunda parte se marca con los dedos índice y corazón rectos y unidos, en tanto que el pulgar recubre meñique y anular flexionados. El trazado se inicia en la frente, se sigue en el pecho, luego hombro izquierdo y se acaba en el derecho (y al revés en las iglesias autocefálicas ortodoxas, en las que el hombro derecho se marca antes que el izquierdo). La invocación es la siguiente: «En el nombre (+) del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén».

Decimos que la señal de la cruz marca la vida cristiana. A este respecto el famoso «Catecismo

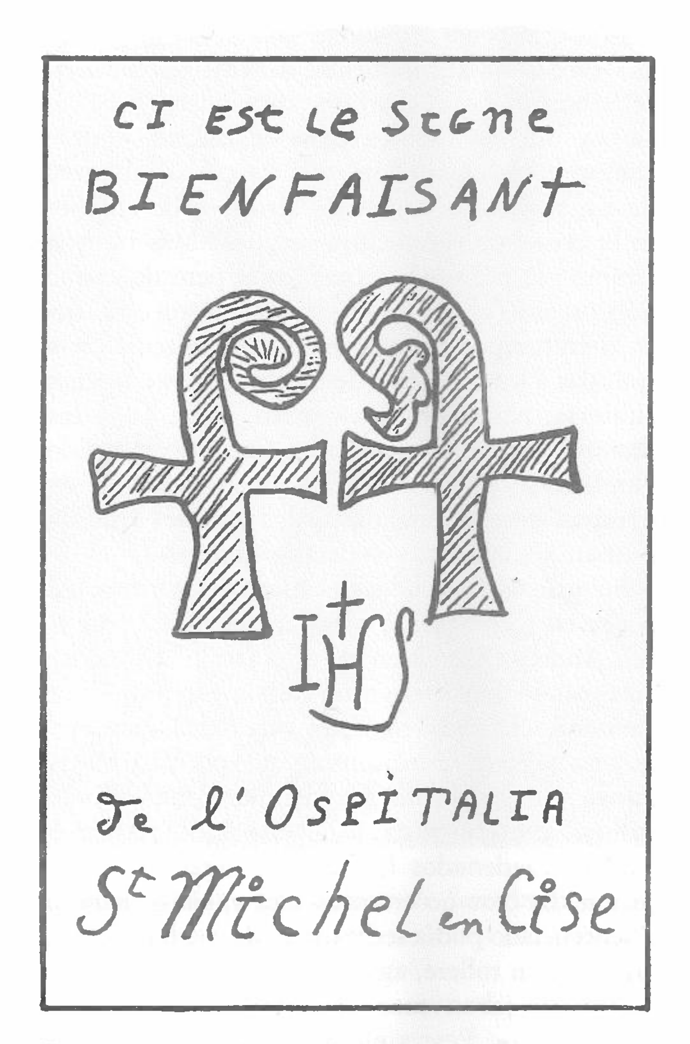
del Padre Astete» dice que cada uno debe signarse «al levantarse de la cama, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir»

INRI

To the word INRI... many meanings have been assigned... The sages of Antiquity connected it with one of the greatest secrets of Nature, that of universal regeneration. They interpreted it thus: Igne Natura Renovatur Integra... The alchemical or Hermetic Masons framed for it this aphorism: Igne nitrum roris invenitur... The four letters are the initials of the Hebrew words that represent the four elements –Iammim, the seas or water; Nour, fire; Rouach, the air; and Iebeschah, the dry earth. MORALS AND DOGMA, Pike, p. 291.

CRUCIFIXIÓN

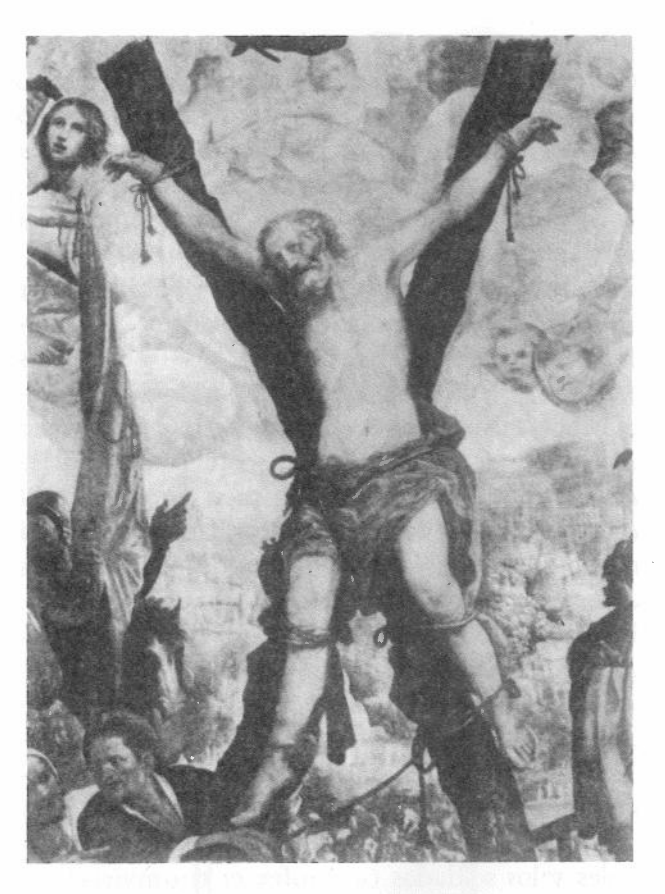
La crucifixión no se encuentra entre los modelos de pena capital propio de las antigüedades judías, aunque (se diría) a ello parece tender Deut.XXI,22 que prescribe la muerte colgado de un árbol tras la lapidación: «Cuando será contra un hombre una falta, un juicio de muerte, él será llevado a muerte. Cuélgale de un árbol. – Su carroña no trasnochará sobre el árbol. Sí, tú le enterrarás, tú le enterrarás en ese día. Sí, el ahorcado es una maldición para Elohím. No ensucies tu tierra que IHVH tu Elohim te da en posesión» (Cfr. la traducción al francés de André Chouraqui)



La Señal de la Santa Cruz

El código penal romano reconoce esta pena como una evolución, seguramente, del castigo primitivo del ahorcamiento («arbori suspendere») de un «arbor infelix». Seneca llamó a la cruz «infelix lignum». Originalmente sólo se crucificaban esclavos, siendo sinónimos los términos de «muerte en la cruz» y «supplicium servile». Más tarde se extendió la pena a hombres libres pero de extracción oscura («humiles») siempre, claro está, que no fueran ciudadanos romanos. La crucifixión se aplicaba a los convictos de los siguientes crímenes: piratería, banditismo, asesinato, robo, falso testimonio, amotinamiento, alta traición y rebelión. También sufrían esta muerte los soldados que desertaban ante el enemigo y los esclavos que delataban a sus señores («delatio domini»).

Su utilizaban cruces de diferentes formas. Algunas en forma de T, otras en forma de cruz de San Andrés (X) o bien de cruz latina. El modelo más común consistía en un tablón («palum») firmemente encajado en tierra («crucem figere»); y en una viga o «patibulum» que portaba el «titulus» esto es, la inscripción que denunciaba el crimen. Era esta viga, y no el pesado tablón, lo que los condenados llevaban al lugar de su ejecución. La cruz no era muy alta y, sin dificultad, el sentenciado podía ser izado a ella mediante sogas («in crucem tollere, agere, dare, ferre»). Mediante clavos se fijaban manos y piés al «palus» y al «patibulum». Pese a ello se ha llegado a afirmar que, como en Egipto, los piés y las manos no eran clavados, sino meramente atados con sogas. La

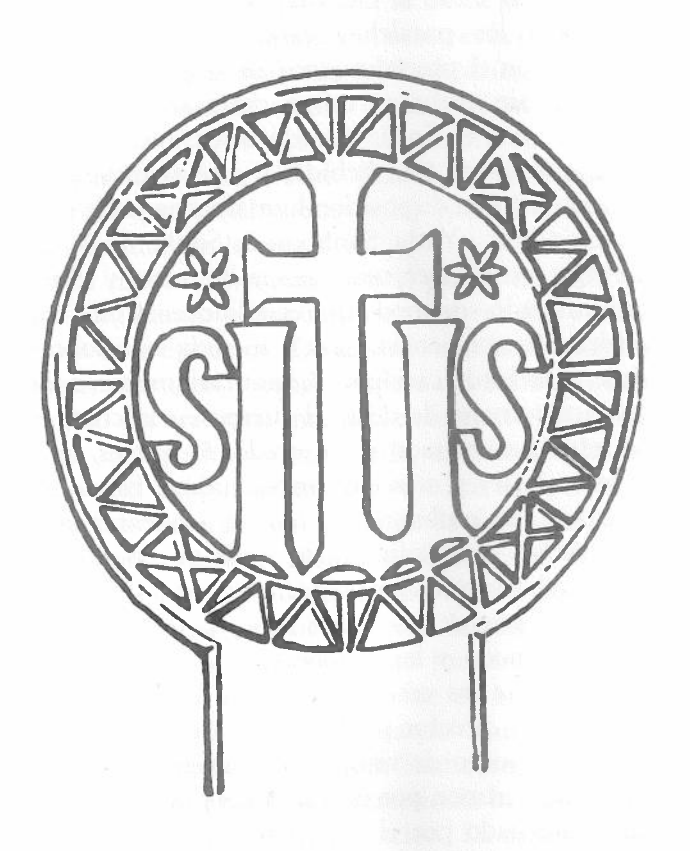


Juan de Rodas: «El Martirio de San Andrés»

ejecución era precedida siempre de una flagelación. Camino a su destino el delincuente era expuesto al insulto y a la injuria, por lo que era conducido a través de las calles más populosas del lugar. Una vez llegado hasta el «palus» ya encajado en tierra, se desnudaba al reo de sus vestiduras y se procedía a la ejecución.

La muerte sobrevenía con toda probabilidad por hambre o por agotamiento: la posición de crucificado agarrotaba el cuerpo y causaba temibles torturas y, en última instancia, una parálisis gradual. Es dudoso que el «palum» estuviera provisto de una pieza sobre la que el sentenciado pudiese descansar apoyado sobre los piés; en cambio el cuerpo solía ser colocado a horcajadas sobre una tabla («sedile»). La agonía duraba por lo menos doce horas y en algunos casos tanto como tres días. Para apresurar la muerte se fracturaban las piernas, lo que era considerado como un acto de clemencia. El cuerpo permanecía en la cruz, en inerte comida para las aves de presa hasta su putrefacción, o bien era arrojado a las fieras salvajes. Ocasionalmente se concedía un permiso especial para descolgar el cuerpo, y de ello se ocupaban los oficiales y los soldados («carnifex et triumviri»).

Josephus se refiere a la crucifixión como a un acto de crueldad suma y como un acto ilegal. Fueron muchos los judíos que sufrieron la crucifixión durante el tiempo de desordenes que precedió al alzamiento en rebelión abierta contra Roma (entre el 30 y el 66 a.JC). Muchos «rebeldes« cayeron en manos de los opresores y fueron crucificados


sitis

como traidores. Los hijos de Judas el Galileo estuvieron entre los que sufrieron esta suerte.

Los detalles que se dan en los relatos del Nuevo Testamento sobre la crucifixión de Jesús (Mateo XXVII y los paralelos) están enteramente de acuerdo con el procedimiento en voga bajo la ley romana. Sin embargo caben destacar dos novedades: 1, con el fin de hacerlo insensible al dolor se le suministró una bebida, y ésto sí estaba de acuerdo con una disposición humanitaria judía (ver Maimónides, «Yad» Sanh.xiii.2; Sanh. 43a). El brevage consistía en una mezcla de mirra y vino, suministrado «de modo que el delincuente pudiera perder una conciencia clara a medida que sobreviniera la intoxicación»; 2, contrariamente a la práctica romana de dejar el cuerpo en la cruz, el de Jesús fué retirado y enterrado, lo que es conforme a la ley y a la costumbre judías. Estas excepciones, sin embargo, agotan los incidentes destacables en la crucifixión de Jesús que pudieran apuntar hacia una participación o una intervención por parte de los judíos o por parte de la ley judía. El modo y las maneras de su muerte, sin duda señalan las costumbres y las leyes romanas como poder director y ejecutor de dicha muerte.

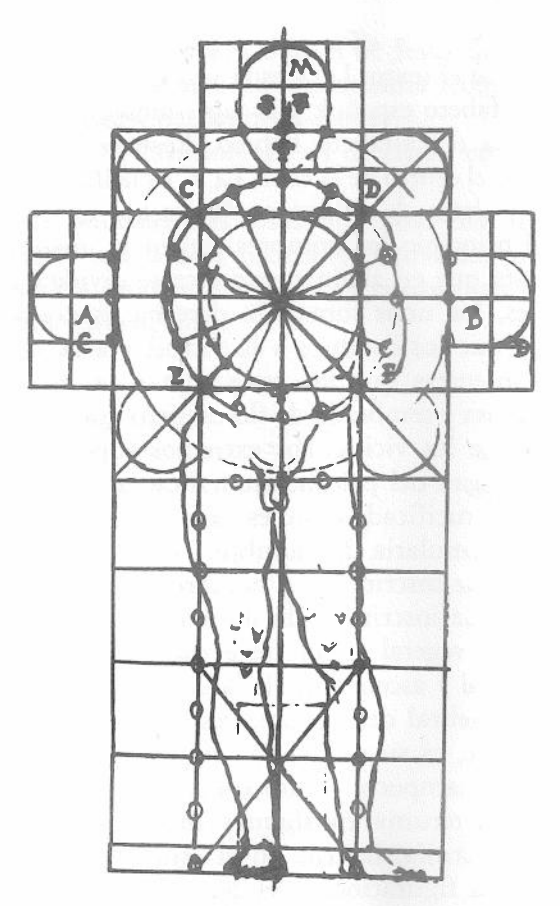
Bajo el punto de vista judío está grandemente en duda el crimen por el que Jesús pudiera haber sido condenado por el sacerdote judío. De haber sido la blasfemia, de acuerdo con la ley judía (Mishnah Sanh. iii.4; etc) el castigo hubiese tenido que ser la lapidación con suspensión de la horca tras la muerte. Tampoco fueron tomadas ninguna

de la medidas bien conocidas que, antes de la ejecución, se prevén para los casos imprevistos o para el supuesto de revocación de la sentencia. Ni tampoco hubo «cruz» –i.e., la horca para colgar– construida tras la lapidación como es la costumbre, y tal como está ordenado en Sanhedrín, vl, 4. Sus manos no fueron atadas como está prescrito; la «cruz» no fue sepultada con su cuerpo (Cfr.Maimónides, «Yad» Sanh.XV, 9). Y además es más que incierto que la ley judía hubiera tolerado una triple ejecución.

La mayor dificultad bajo el punto de vista del procedimiento penal judío está en el día y en la hora de la ejecución. De acuerdo con los Evangelios Jesús murió en Viernes, víspera del Sabbat... Pero en ese día eran casi imposible efectuar ejecuciones que duraran hasta muy tarde, en vistas a la cercanía del Sabbat (o día festivo). Los sinópticos no están de acuerdo con Juan en la fecha del mes. Según este último (como si él fuera el cordero pascual) murió Jesús el 14 de Nisán; pero ciertamente las ejecuciones no eran legales en la víspera misma de una festividad judía. De acuerdo con los sinópticos la fecha fue el 15 de Nisán (primer día de Pascua), cuando tampoco podía darse una ejecución (Misnah Sanhedrín, iv, 1 y los comentarios; etc). Esta discrepancia ha dado lugar a varios intentos de rectificación. La de Chwolson es la más ingeniosa: asume que Jesús murió el 14 y achaca la contradición a un error de traducción del original hebreo de Mateo: se trata de la omisión, en Mateo xxvi, 17, del primer KRB en KRB

VKRBV (ver su «Das Letzte Passamahl Christi» p.13). Aun así, la construcción enteramente artificial que intenta Chwolson de la ley concerniente a Pascua y cuando el 15 de Nisán cae en Sabbat, no impide la dificultad de una ejecución acaecida en viernes = víspera del Sabbat y víspera de festividad. Tampoco el cuerpo podía ser descolgado en una hora tan tardía como la hora novena (3 p.m.). Por otro lado los cuerpos de los delincuentes no eran enterrados en sepulturas privadas, en tanto que Jesús fue sepultado en un sepulcro que pertenecía a José de Arimatea. Por último, el Sanedrín ya estaba privado de la jurisdicción penal en los supuestos de pena capital, «cuarenta años antes de la destrucción del Templo»...

Estos hechos muestran que la crucifixión de Jesús fué un acto del gobierno romano. Las fuentes judías no corroboran la costumbre de liberar a un sentenciado a muerte con ocasión de período festivo. Pero muchos judíos sospechosos de ambiciones mesiánicas fueron clavados en cruz por Roma. El Mesías, «rey de los judíos», era un rebelde frente a los romanos, y los rebeldes eran crucificados. La inscripción en la cruz de Jesús revela el crimen por el que, conforme a ley romana, Jesús expiró. Fue un rebelde. Tacitus (Annales, 54,59) informa acerca de ello sin comentar el hecho de que Jesús fuera crucificado, etc, etc... (Traducido de «THE JEWISH ENCYCLOPEDIA» Vol IV (Chazars-Dreyfus case). New York and London 1905)



El Hombre como Templo.

TEMAS QUE NO HEMOS TOCADO (O MUY INDIRECTAMENTE)

1.– La «Y» y la «T», pese a que lo habíamos anunciado en el texto. La T es la vigésimosegunda letra del alfabeto español, y la vigesimosegunda y última letra del alfabeto hebreo. Resuelve temporalmente el centro de la cruz. La Y, es la llamada «ypsilon» «letra de Pitágoras» o «arbol de Samos»: al principio los hombres siguen la misma senda hasta que en algún punto ésta se divide en dos partes, los unos toman la derecha áspera y escarpada que los conduce a la virtud y a la sabiduría; mientras que los otros toman la de la izquierda, lisa y sembrada de flores, pero que lleva al abismo de los vicios. Los extremos superiores de la Y cuelgan del palo horizontal de la cruz: es el hombre «crucificado» esto es, la cruz que señala la esencia formularia del hombre.

2.– La cruz inscrita en el hombre.

3.– La cruz inscrita en la naturaleza viviente: vemos en el vegetal (pues crece hacia arriba) el tramo vertical y ascendente de la cruz; y el axis o columna vertebral del animal, desplazándose horizontalmente, es su tramo horizontal. No podemos olvidar, tampoco, el alto contenido esotérico o «signatura rerum» en algunos animales: véase la crupa, la crujía, la cruz en el asno. También determinadas figuraciones del cordero pascual, y el Tetramorfos en los tímpanos de nuestro románico.

4.– Las dimensiones del mundo y las del tiempo.

5.– La rosa en la Cruz. Es un auténtico sacrificio no habernos lucido en este tema, en el que también reina la confusión.

6.– El Sagrado Corazón de Jesús que exhibe la cruz mística y su abundantísima iconagrafía que estudiara Charbonneau-Lassay.

7.– El Crismón. El «4 de cifra» etc, etc.

Y muchas más cosas. «Si todas ellas fueran escritas una a una, incluso el Universo, pienso, no podría contener los libros escritos» (San Juan, últimos versículos).

ÍNDICE